



## ACTO CUARTO

---

### CUADRO VII

EMILIO ZOLA SOLO CONTRA TODOS

Despacho de Emilio Zola con salidas al foro y laterales

### ESCENA PRIMERA

Emilio Zola escribiendo en su mesa

ZOLA.

No... (*Tachando.*) Estará mejor así... (*Escribiendo.*) Leamos todo el párrafo: «El proceso del capitán David no es el drama de un hombre.. Es la tragedia de toda la humanidad. De un lado, el viejo espíritu de las pasadas épocas con su interpretación anticuada de los derechos del ciudadano. Con su preponderancia jesuítica y sus rancias teorías sobre la desigualdad de clases. De otro, la expansión general del moderno espíritu con sus proclamas de ciencia, su política democrática y su gran trinidad condensada en la fórmula Libertad, Igualdad y Fraternidad. En semejante proceso deben declararse parte todos los ciu-

dadanos que puedan allegar a los autos alguna luz, alguna convicción de la inocencia del mísero capitán, sepultado en vida en ese peñón abortado por el mar, que se llama «La Isla del Diablo». Dejarle allí perecer fuera un crimen que caería sobre todas las conciencias redimidas del fanatismo religioso que condena a David por ser judío. Agítese el ambiente social envenenado por los jesuitas, y que todos, grandes y pequeños, poderosos y humildes, pidan en la forma que les sea más peculiar, la revisión de ese proceso monstruoso...» Sólo estoy en esta campaña gigantesca. No importa, lucharé contra todos.

## ESCENA II

Dicho y el abogado MASSENET por el foro

- MASSE. No sea usted ingrato, D. Emilio.  
 ZOLA. ¡Ah! Mi buen amigo Massenet, debo rectificar y lo hago con gusto... Se encuentra a mi lado una gloria del foro...  
 MASSE. Y otros muchos que valen infinitamente más que yo. ¿Nada le dice mi semblante?  
 ZOLA. Sí. Noto en él una gran satisfacción... ¿Mi artículo?...  
 MASSE. Ha estallado como una bomba en el corazón de París. El espíritu de los más pusilánimes ha reaccionado de un modo poderoso... Las acusaciones de usted han sacudido la inercia que gravitaba como losa de plomo sobre los hechos consumados.  
 ZOLA. ¿Y el Ejército?  
 MASSE. Herido en su mal interpretado compañerismo.  
 ZOLA. ¿No es el general Fouquet un jesuita?  
 MASSE. Y tanto.

- ZOLA. Y ese desdichado comandante Robinat... ¿No es un visionario... un nigromante?  
 MASSE. Eso mismo.  
 ZOLA. Y todos los jueces que condenaron a David... ¿Qué fueron sino autómatas movidos por el resorte de la disciplina?  
 MASSE. Cabal.  
 ZOLA. Me llevarán a la barra... Perfectamente... Eso es lo que deseo.  
 MASSE. En el pueblo la emoción que ha producido su formidable artículo es inmensa... Los jesuitas se mueven como energúmenos, exaltando el sentimiento patriótico de los nacionalistas. Allí están, en la plaza de la República, en imponente manifestación, gritando: ¡Muera Zola vendido al oro de los judíos! ¡Viva el Ejército! Nos ultrajarán tachándonos de difamadores del Ejército; pero mañana, ¡oh! mañana reaparecerá el sol de la Justicia.  
 ZOLA. Ante esta lucha gigantesca arde en mi espíritu la llama del entusiasmo. Poco valgo y quisiera valer mucho para sacrificarlo todo al servicio de una causa tan justa y generosa.  
 MASSE. Bravo, amigo Massenet, bravo. Usted opina de ese modo porque es un hombre de bien no corrompido por el medio envenenado que nos rodea.  
 MASSE. Un inocente como David, sufriendo sin esperanza de rehabilitación, es un concepto moralmente absurdo.  
 ZOLA. Tan absurdo, que antes que aceptarlo como consentimiento social, tácito o expreso, caerían en el fango espíritu y materia.  
 MASSE. Trocarfise la armonía del Universo en un caos.  
 ZOLA. Erigirfise en Dios la bestia.  
 MASSE. Tal injusticia, sin medios de reparación, es sencillamente una aberración del espíritu que no puede admitirse mientras se cobije en el cerebro humano la idea del bien.  
 ZOLA. La zarpa llena de barro puede manchar la

- hermosura de un cuadro; pero de ningún modo la inspiración, fuente de aquella hermosura.
- MASSE. Estamos de acuerdo, D. Emilio.
- ZOLA. Absolutamente.
- MASSE. Ahora, prepárese usted para sufrir todo género de vejaciones y amarguras.
- ZOLA. Ya lo sé...
- MASSE. Desde hoy será el hombre más impopular de Francia.
- ZOLA. No lo ignoro.
- MASSE. Corren peligro su libertad... su crédito... hasta su vida...
- ZOLA. Nada me arredra... No será estéril mi sacrificio. Si agitará el espíritu de los hombres de bien, herido por el espectáculo de la iniquidad y la injusticia. Vibrará intensamente la cuerda del sentimiento universal y frente al odioso espíritu, alentado por clericales y jesuítas, se erguirá, más bello y poderoso que nunca, el ángel fecundo y amoroso de la humana fraternidad.
- MASSE. Me admira su fe.
- ZOLA. Ella es la que me da aliento para luchar.
- MASSE. Se halla usted en su elemento.
- ZOLA. Dígase la verdad sin ambages. La lucha de mi vida constituye ya una epopeya. En defensa de un género literario tuve que luchar contra una legión de imbéciles que me acosaron con los más denigrantes calificativos, llamándome pornográfico; hasta cerdo. Ahora tengo que luchar contra una nueva y más numerosa falange, compuesta, no solamente de imbéciles, pero también de fanáticos y de hipócritas.
- MASSE. Devuélvales golpe por golpe.
- ZOLA. Llegaré hasta donde pueda y deba llegar. Afortunadamente, mi opinión difiere de la de ese angélico Tolstoi que predica la no resistencia al mal. Yo creo que la violencia, como hija de la pasión, es inherente a la vida y como tal no puede separarse de ella. El Yo debe defenderse, no sólo frente al mal, sino hasta en las relaciones con Dios mismo. Esto

doctrina es la que mejor se compadece con la dignidad humana. No llego tampoco hasta Nietzsche que concede un poder demasiado absoluto a la Fuerza; pero entre la Fuerza de Nietzsche y el sentimiento exclusivamente cristiano de Tolstoi, cabe un término medio y a él me acomodó. Este término no es ni puede ser otro que la razón del hombre.

### ESCENA III

Dichos y GENARO por el foro

- GEN. ¿Estorbo, señores?
- ZOLA. Adelante, amigo, adelante.
- GEN. ¡Gran día, D. Emilio!
- MASSE. Otro que llega entusiasmado.
- GEN. El periódico que trae su artículo se arrebató de las manos de los vendedores.
- ZOLA. Esto es lo que acaba de decirme nuestro amigo Massenet.
- GEN. En nombre de la esposa de mi pobre hermano y del mío propio, vengo a darle las gracias.
- ZOLA. ¿Y por qué? ¿Hemos llegado a unos tiempos en que el cumplimiento estricto del deber se considera como un acto meritorio?...
- GEN. No, D. Emilio (*Cogiéndole ambas manos*); no rehuya usted la aceptación de este homenaje que le rinde nuestra profunda gratitud... La triste violeta, bañada en lágrimas en el rincón de su hogar, le envía su perfume; la gratitud de su alma,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALEJONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

- ZOLA. Transijamos... Acepto la poesía de su guaje, pero no las gracias, porque no merezco.
- GEN. Como usted quiera.
- ZOLA. Diablo. Se han humedecido sus ojos. He conocido a un amigo Massenet, he aquí a un judío que me ha parecido No lo extraño, porque yo también me he conmovido.
- MASSE. Sí, pero usted no es judío.
- ZOLA. Pero soy hombre.
- MASSE. Bien dicho, Massenet, bien dicho.
- ZOLA. A decir verdad, mi fe en la religión judaica se ha extinguido. Deseo aparecer como un hombre honrado y nada más.
- GEN. Volvamos al suceso del día.
- MASSE. Hay otro que va a colmarles de sorpresa.
- GEN. Refiéralo desde luego.
- ZOLA. ¡D. Emilio! ¡Massenet! Acabo de descubrir al verdadero autor del documento anónimo.
- GEN. ¡Podér de Dios! (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¿Es eso cierto?
- ZOLA. Indudable, D. Emilio, indudable.
- GEN. Aguarde usted. Esta novedad merece que nos recojamos en el seno de la más absoluta reserva. (Se cerciora de que nadie escucha en las salas contiguas.) Hable sin miedo alguno. No nos escucha.
- ZOLA. Oigan una breve historia que había escrito hasta hoy por no haberle concedido gran importancia.
- MASSE. Nos tiene usted en la mayor ansiedad.
- GEN. No há mucho tiempo, una noche, acordado por mi fiel criado Nordeau, al pasar el puente de Alejandro, oímos un ruido ruidoso dado sobre las aguas del Sena. Vimos al sitio de donde el ruido procedía un bulto negro que era arrastrado por la corriente; mas como también oímos voces ahogadas de socorro, Nordeau, que como un pez, sin vacilar ni un instante, lanzó al río y se dió tal coraje y tuvo una buena fortuna, que a los pocos momentos

- ZOLA. caló en la orilla con su carga. Yo hice por mi parte cuanto me fué posible para ayudar a entrambos á tomar puerto de salvación. En suma: que libramos de una muerte cierta, ¿a quién dirán ustedes? A una mujer admirablemente hermosa, vestida de negro con gran riqueza y distinción.
- MASSE. Eso es altamente dramático.
- ZOLA. Y de un interés novelesco de primer orden. Paso por alto los detalles de salvamento que siguieron al acto que acabo de relatarles. Respuesta la señora del susto consiguiente, quiso saber el nombre de sus salvadores, y aquí entra el verdadero interés del drama. Al oír mi nombre se descompuso su semblante....
- GEN. —¡Genaro David, el hermano del capitán David!—El mismo, señora. Entonces huyó aterrada como alma que lleva el diablo. Desapareció entre las sombras de la noche y no pudimos seguirla.
- ZOLA. ¿Y nada más se ha sabido de ella?
- MASSE. ¿No han podido averiguar su paradero?
- GEN. No, y ahora viene la segunda parte. Ya había olvidado aquella escena, cuando ayer mañana recibí por correo interior un pliego bastante abultado. Lo abro, y he aquí su contenido. (Saca unas cartas.) Lea usted, D. Emilio, lo que dice esta misiva.
- ZOLA. (Leyendo.) «El capitán de Artillería Alfredo David, es inocente. El autor del documento anónimo es el comandante Walter Lacy, que presta servicio en la guarnición de París. Ahí van algunas de sus cartas. Puede usted cerciorarse cotejando la letra.—La dama misteriosa del puente de Alejandro.»
- GEN. Aquí traigo un facsímil del memorándum.
- ZOLA. A ver... A ver.. (Cotejando sobre la mesa del despacho el facsímil con las cartas.)
- MASSE. Es evidente.
- ZOLA. Los mismos rasgos, los mismos caracteres; en una palabra, la misma letra.
- MASSE. ¿Pero estas cartas serán auténticas?

- GEN. No he perdido el tiempo. Indagué el paradero del comandante. Este anda muy apurado de fondos. Hice que un amigo le ofreciese dinero en calidad de préstamo, y aquí está el recibo extendido por la propia mano de Walter Lacy. Pueden cotejarlo.
- ZOLA. Sí.. Sí.. No cabe la menor duda.
- MASSE. La letra del facsimil, la de las cartas y la del recibo, en nada se diferencian absolutamente.
- ZOLA. He aquí un supremo hallazgo.
- MASSE. Albricias, amigo mío.
- GEN. La misteriosa dama ha querido pagarme espléndidamente... *(Mostrando un cheque.)*
- ZOLA. ¿Qué es eso?
- GEN. Un cheque a mi orden sobre el Banco de Francia.
- ZOLA. ¡Un millón de francos!
- MASSE. Respetable suma.
- GEN. Que yo ponga a disposición de usted, don Emilio.
- ZOLA. No. No. De ningún modo. Cuestión de moralidad y de delicadeza, amigo mío. Me he propuesto irrevocablemente, no aceptar dinero alguno por la lucha que estoy sosteniendo. Mi pluma es una mina de oro. Tengo bastante. Guárdelo usted.
- GEN. Soy inmensamente rico, D. Emilio, y también me he propuesto sufragar, de mi pecunia, todos los gastos que me ocasione la defensa de mi pobre hermano.
- ZOLA. Ya sé a quién pertenece esa suma. A su hermano Nordeau, que se arrojó al Sena para salvar a la dama.
- GEN. Mi noble Nordeau se niega en absoluto a recibir dinero alguno por servicios prestados a la Humanidad.
- ZOLA. ¡Diablo! Sáquenos del apuro, amigo Masse.
- MASSE. Sea usted más cristiano, D. Emilio. No quise para otro lo que no quiera para sí.
- ZOLA. He aquí destronado al Rey del mundo.

- MASSE. Un millón de francos que se ha declarado en huelga...
- ZOLA. Vamos a darle un buen empleo. Repártase entre las familias pobres de todos los desgraciados que sufren condena en los presidios de Francia.
- GEN. ¡Soberbio!
- MASSE. ¡Admirable!
- ZOLA. No se hable más del asunto. Tome usted.
- GEN. Este acuerdo será ejecutado al pie de la letra.
- ZOLA. Pero sin ruido ni ostentación; sin que nadie sepa el origen de ese acto humanitario.
- GEN. Así se hará.
- ZOLA. Y ahora volvamos a nuestro asunto principal:—Señor abogado, ¿qué debe hacerse?
- MASSE. Procede que sin pérdida de tiempo, usted, como hermano de la víctima, denuncie al ministro de la Guerra, el hallazgo que acaba de obtener, acompañando los comprobantes y pidiendo la revisión del proceso.
- GEN. Aprobado.

## ESCENA IV

Dichos y el viejo DURAND por el foro

- DUR. ¡Señor! ¡Señor!
- ZOLA. Mi viejo Durand, ¿qué ocurre?
- DUR. Dos militares de alta graduación.
- ZOLA. ¡El enemigo!
- MASSE. Pronto ha empezado el ataque.
- GEN. ¡Ira de Dios!
- ZOLA. ¡Calma! ¡Calma!
- DUR. ¿Qué digo a esos señores?
- ZOLA. Que pasen. *(Vase Durand por el foro.)*

## ESCENA V

ZOLA, MASSENET y GENARO

- ZOLA. Amigo Massenet; váyanse a su despacho. Ex-  
tiendan allí el escrito para no perder tiempo.
- GEN. ¿Queda usted solo?
- ZOLA. No hay peligro de que me devoren esos se-  
ñores. Por aquí también se sale, para evitar el  
encuentro. *(Señalándoles la puerta derecha.)*  
¡Adiós, amigos! *(Vanse por la derecha.)*

## ESCENA VI

ZOLA, Coronel GASTON y Comandante WALTER LACY por el foro.

- ZOLA. *(Saliéndoles al encuentro.)* Adelante, señores. Sir-  
vanse tomar asiento.
- GAS. Muchas gracias por la atención. *(Se sientan.)*
- ZOLA. ¿A quiénes tengo el honor? *(Tomando asiento  
en el sillón perteneciente a la mesa de su des-  
pacho.)*
- GAS. *(Señalando al comandante.)* El comandante Wal-  
ter Lacy.

- ZOLA. *(¡Walter Lacy!)*  
WAL. *(Señalando al coronel.)* El coronel Gastón, del  
Estado Mayor.
- ZOLA. Muy señores míos. Ustedes dirán el objeto de  
su venida.
- GAS. Seremos breves. ¿Usted ha publicado un ar-  
tículo en *La Aurora*?
- ZOLA. Titulado «Yo acuso...» Efectivamente.
- GAS. Pues bien; el general Fouquet se considera  
ofendido por las apreciaciones que se hacen  
de su persona y pide una rectificación cum-  
plida o una reparación por medio de las ar-  
mas.
- ZOLA. ¡Las armas! ¡Todo lo arreglan ustedes por me-  
dio de las armas!
- WAL. Naturalmente.
- ZOLA. Con una respuesta, sencilla y categórica, me  
sería fácil dar por terminada esta entrevista;  
pero quiero dar más honra a la presencia de  
ustedes. ¿De qué se queja el general Fouquet?
- GAS. Una friolera... Le llama usted jesuita...
- WAL. ¡Más aún! Le llama siervo de la beatería  
andante.
- ZOLA. ¿Pero lo es o no?
- GAS. ¡Eso es cuenta suya!
- ZOLA. Y mía también, señor coronel.
- GAS. ¿Por qué motivo?
- ZOLA. Porque el general Fouquet ha sido el instru-  
mento de que se sirvieron los jesuitas, para  
sepultar en vida a un compañero de armas  
inocente... Yo me he propuesto ejercer una  
obra de misericordia redimiendo al cautivo.
- GAS. Vaya una quijotada.
- ZOLA. Le recuerdo, coronel, que se halla usted en mi  
casa y en presencia de Emilio Zola.
- GAS. Está bien... ¿Rectifica o no rectifica?
- ZOLA. No, señor.
- GAS. ¿En tal caso acepta la reparación que se le  
propone en el terreno del honor?
- ZOLA. Tampoco.
- GAS. ¿Ni rectificación ni duelo?
- ZOLA. Ni una cosa ni otra.

- GAS. ¿Qué dirá la opinión pública de usted?  
 ZOLA. Que soy un Quijote extraordinario... No rectifico porque no es justo; y no me avengo a batirme, porque lo que ustedes llaman lance de honor, es sencillamente un medio inicuo, del cual se valen los más osados, para dar honrada apariencia a su bastarda conducta.
- WAL. ¿Cómo entonces se han de defender los caballeros de una imputación injuriosa?  
 ZOLA. Probando que no hay motivo para la injuria. La mancha recae entonces sobre el ofensor.
- GAS. Hay casos en que no hay más remedio que romperse la crisma.  
 ZOLA. Háganlo así los partidarios del sistema. ¿Cree usted, coronel, que los alemanes tuvieron razón en Sedán?  
 GAS. ¡Hum!  
 ZOLA. El honor no se defiende por medio del homicidio organizado. El honor se defiende asentándolo sobre la base incommovible de la verdad y la justicia.
- GAS. *(Levantándose.)* Nuestra misión ha terminado.  
 WAL. Le llevaremos a los Tribunales.  
 ZOLA. Y usted también, comandante Walter. Usted también irá a los Tribunales.
- WAL. ¿Cómo?  
 ZOLA. Me consta que ha sido usted denunciado al ministro de la Guerra como autor del memorandum, por el cual ha sido condenado el capitán David.
- WAL. *(Desconcertado.)* ¿Yo? ¿Yo autor? ¿Usted asegura que?...  
 ZOLA. Yo no aseguro nada. Allá se las entienda usted con su acusador y sus jueces, como yo pienso enténdrmelas con los míos...  
 WAL. Bueno. Ya lo veremos eso...  
 ZOLA. Esta es su casa, señores. *(Señalándoles rigurosamente la puerta del foro. El coronel Gastón y el comandante Walter, después de saludar, inclinando la cabeza, vanse por el foro.)*

## ESCENA VII

ZOLA

ZOLA. No. No es posible seguir la angélica doctrina de Tolstoi... El mal social debe combatirse allí donde levante la cabeza. Hoy es la falsa idea del honor la que cae... Otro día será la superstición... Otro el fanatismo... y así, transformando el ambiente social, purgándolo de errores y tinieblas, vendrán las generaciones que deben venir... Generaciones de hombres completamente libres y verdaderamente honrados.

## ESCENA VIII

Dicho y DURAND por el foro

DUR.  
ZOLA.

Señor...  
 Hoy se ha dado cita en mi casa todo París.  
 Adelante quien sea.

## ESCENA IX

ZOLA y BLANCA FLORISEL, que viste de luto, por el foro

- BLA. Emilio Zola... Sálvese usted. *(Con gran agitación.)*
- ZOLA. ¿Que me salve? ¿Por qué razón, señora? ¿Qué peligro me amenaza?
- BLA. Numerosas turbas se han desparramado por calles y plazas de París, gritando: ¡Muera Zola!
- ZOLA. Acaban de decírmelo.
- BLA. Lo que no le habrán dicho es que una de esas turbas no tardará en venir a esta calle para asaltar su casa.
- ZOLA. Aquí me encontrarán si vienen.
- BLA. Pero es que entre esos miserables hay alguno que trata de atentar contra su vida, aprovechando la excitación popular.
- ZOLA. ¿Tan grande es la tormenta?
- BLA. Les empuja el negro espíritu que no repara en los medios para conseguir el fin... ¡Pronto! Sálvese usted.
- ZOLA. ¿Será verdad, señora?
- BLA. Por el cielo se lo juro.
- ZOLA. ¿Pero ese interés?...
- BLA. Es mi propio interés. Ambos dirigimos nuestros esfuerzos a un objeto común. A la redención de un inocente.
- ZOLA. ¡El capitán David!
- BLA. El mismo. Usted trabaja en la luz. Yo me

agito en la sombra. ¿Vacila? ¿No da crédito a mis palabras?

ZOLA.

Fantasma o duende, lo que usted sea... Sepa que Emilio Zola no vuelve la espalda al enemigo ni abandona el hogar en tales circunstancias. *(Dentro, a lo lejos, grandes rumores como de un pueblo agitado que se aproxima.)*

BLA.

¿Oye usted?

ZOLA.

La ola que avanza.

BLA.

El peligro que se avecina.

ZOLA.

No tardará en llegar.

BLA.

¿Renuncia a su salvación?

ZOLA.

He resuelto quedarme y eso ha de ser... Adiós, señora... Váyase... Le agradezco el interés que se ha tomado.

BLA.

Yo también me quedo.

ZOLA.

¿Cómo?

BLA.

Pereceremos juntos.

ZOLA.

Eso no... Usted es mujer. Yo soy hombre.

BLA.

No importa. Cuando se desencadena la tempestad todos corren el mismo riesgo. *(Dentro promuévese tumulto infernal. Las turbas gritan constantemente: ¡Muera Zola!... ¡Muera Zola, vendido a los judíos! ¡Viva el Ejército! Suenan algunos tiros. Oyese el estrépito de la cristalería de los balcones ante la pedrea que se supone llevan a cabo los que vociferan en la calle.)*

## ESCENA X

Dichos y el viejo DURAND, enfurecido, por el foro

DUR.

¿De dónde han salido esos cafres?... ¿Oye usted, señorito? Están rompiendo a tiros y pedradas todos los vidrios de los balcones,



ZOLA. No te apures, Durand; que rompan cuantos  
quieran. Ya se cansarán.  
DUR. ¡Ira de Dios! (*Vase por la izquierda.*)

## ESCENA XI

ZOLA y BLANCA

ZOLA. ¡La tempestad es imponente!  
BLA. No tardará en estallar el rayo.  
ZOLA. Me admira su valor, señora. ¿Quién es usted?  
BLA. La dama misteriosa del puente de Alejandro.  
ZOLA. ¿La que fué extraída del Sena?  
BLA. La misma.  
ZOLA. Debí sospecharlo.

## ESCENA XII

Dichos y DURAND, con una escopeta, por la izquierda

DUR. ¡Tunantes! ¡Pillos!  
ZOLA. (*Deteniéndole.*) ¿Dónde vas con esa arma?  
DUR. A matar a todos los que pueda desde el balcón.  
ZOLA. No, Durand. No hay que disparar contra el  
pueblo. (*Arrebatándole el arma y arrojándola al  
suelo.*) ¡La sangre llama a la sangre!  
DUR. ¿Y vamos a consentir que nos dejen sin cris-  
tales?  
ZOLA. Un cristal que se rompe se sustituye por otro.  
Una vida que se quiebra no tiene sustitución.  
Corre, mi viejo Durand... Corre... Abreles la  
puerta de par en par.

DUR. ¿A esos salvajes?  
ZOLA. Haz lo que te mando. (*Durand vase santiguán-  
dose por el foro.*)

## ESCENA XIII

ZOLA y BLANCA

BLA. ¿Qué intenta?  
ZOLA. Hablar al pueblo.  
BLA. ¿Fía usted en la elocuencia de sus palabras?  
ZOLA. Fío en la justicia de mi causa. (*Dentro un gran  
estruendo.*)  
BLA. Ya suben. Llegó el supremo instante.  
ZOLA. (*Cogiendo de la mano a Blanca y dirigiéndose  
a la puerta derecha.*) Usted allí, en aquel apo-  
sento.

## ESCENA XIV

ZOLA y PUEBLO formado de individuos muy heterogéneos. Unos  
con blusa, otros con sombreros de copa y algunos desarrapados.  
Les capitanea el Padre Darrás disfrazado de hombre de pueblo.

DARRÁS. Aquí está.  
ZOLA. ¡Yo soy Emilio Zola!  
DARRÁS. ¡Muera el traidor que se ha vendido al oro de  
los judíos!

- TODOS. ¡Muera!
- ZOLA. Mientes, ciudadano. No hay oro bastante el mundo para comprar mi conciencia.
- DARRÁS. ¡Muera el difamador del Ejército!
- TODOS. ¡Muera!
- ZOLA. ¿Y sois vosotros los hijos de nuestra dulce amorosa Francia?
- DARRÁS. No le oigamos porque es capaz de convenirnos. ¡Que muera! *(Sacando un puñal abalanzándose sobre Zola.)*
- ZOLA. *(Este, al ver la acción de Darrás y creyéndose perdido, se yergue con magnífica actitud.)* ¡Aquí está mi pecho! ¡Hiere, bandido!

## ESCENA XV

Dichos y BLANCA por la derecha

- BLA. ¡Atrás, miserable!
- DARRÁS. *(Retrocediendo.)* ¡Blanca Florisel!
- BLA. Ya veo que me has reconocido... ¿Dónde es tu infame compañero? ¡Franceses... Ese hombre que exalta vuestro patriotismo os ha convertido en siervos de Roma! Ese hombre es un jesuita.
- DARRÁS. ¡Falso!
- TODOS. ¡Falso!
- BLA. *(Apoderándose rápidamente del sombrero que cae de la cabeza de Darrás y arrojándolo al suelo.)* Mirad la tonsura.
- DARRÁS. *(Encorvándose aterrado.)* ¡Maldición!

- CIUD. I. *(Cogiéndole bruscamente del brazo.)* ¡Ah! ¡Traidor! ¡A la calle con él!...
- TODOS. ¡A la calle! *(Desaparecen por el foro arrastrando violentamente al jesuita.)*
- ZOLA. *(Estrechando la mano de Blanca y antes de que acaben de hacer mutis los otros.)* ¡Por fin me ha salvado usted. Gracias. Gracias!

FIN DEL ACTO CUARTO